

Apenas llegó la noche, corrí á su casa.

—¿A dónde vais? me preguntó el portero.

—A casa de Mme. P..... respondí.

—¡Mme. P.....! exclamó mirándome con sorpresa; ¡hace dos meses que ha muerto la señora, y aquí vive solamente su marido!

Lancé un grito y caí de espaldas.

—¿Y después? exclamamos el doctor y yo.

—Después me desperté; porque todo había sido un sueño

FIN.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

UN BAILE DE MASCARAS

POR

ALEJANDRO DUMAS

Aunque habia dicho á mi criado que no estaba en casa para nadie, uno de mis mejores amigos quebrantó la consigna. Era M. Antony R.....

Distinguí tras la librea de José el extremo de un redingote negro, y como era probable que el portador de aquel redingote hubiese, á su vez, visto mi bata, no habia medio de negarse.

—Que entre, dije respondiendo al anuncio de mi criado.

Y añadí para mi capote:

—Así se le lleve el diablo.

Cuando se está trabajando, solo la mujer á quien se ama puede impunemente venir á importunarnos; y es que su recuerdo está siempre para algo en lo que hacemos.

Dí, pues, á mi semblante esa expresion malhumorada del autor que se vé interrumpido en el momento en que mas quisiera que le dejasen en paz, y esperé que apareciese Antony.

Entró en mi gabinete y le ví tan pálido y desencajado que exclamé:

—¿Qué teneis? ¿Qué os sucede?

—Dejadme respirar..... ya os lo contaré todo, respondió: por otra parte, puede que todo sea un sueño ó que yo esté loco.

Y se dejó caer en un sillón, ocultando la frente entre sus manos.

Le miré con extrañeza: sus cabellos estaban empapados por la lluvia, y sus botas y pantalones llenos de lodo. Fui en seguida á la ventana y ví á la puerta su lacayo y su caruaje. Aquello era incomprensible.

Conoció mi sorpresa, y dijo:

—He estado en el cementerio del padre Lachaise.

—¿En el Padre Lachaise á las diez de la mañana? exclamé.

—No, á las siete. ¡Ah! ¡Maldito baile!.....

Yo no podia adivinar qué podian tener de comun un baile y el cementerio del Padre Lachaise. Tomé, pues, mi partido, y volviendo la espalda á la chimenea, me puse á hacer un cigarro con toda la flemma de un español.

Ofrecíle á Antony, que lo rehusó, y lo encendí poniéndome á fumar.

—Alejandro, me dijo de pronto, escuchadme, os lo ruego.

—Pero si hace un cuarto de hora que estais ahí sin decirme nada.

—¡Oh! ¡Es una aventura muy extraña!
Me incorporé, crucé los brazos como un hombre resigna-

do, y me dispuse á escuchar: empezaba á creer que me las habia con un loco.

—¿Os acordais de un baile de Opera en que estuvimos juntos? me preguntó despues de un momento de silencio.

—¿Del último, en el que apenas habia doscientas personas? exclamé.

—Precisamente. Me separé de vos con intencion de ir á Variedades, de cuyos bailes me habian hablado como de una verdadera curiosidad. Entré en el teatro, completamente lleno, salon, pasillos, gabinetes, ambigú. Dí la vuelta á la sala, veinte máscaras me llamaron por mi nombre y me dijeron el suyo. Eran celebridades artísticas y aristocráticas, disfrazadas de *pierrrots*, de postillones, de aldeanos ó de pescadores; jóvenes de corazon y de talento, que parodiaban allí un baile de la Regencia en medio de nuestra época grave y severa. Me coloqué en mi palco, apoyado en el antepecho, y fijé los ojos en aquel océano de seres humanos que se agitaba en el salon. Los dominós de todos colores, los trajes abigarrados, las grotescas caricaturas formaban un cuadro verdaderamente indescrípible. Empezó á tocar la orquesta, y todas aquellas criaturas se agitaron siguiendo los compases de la música, cuya armonía llegaba hasta mí en medio de gritos, silbidos y carcajadas. Asíronse las unas de las otras por las manos, por los brazos, por el cuello; fórmasen un ancho círculo, comenzando por un movimiento en redondo, y del piso se levanta una nube de finísimo polvo, en medio de la cual aparecen las luces como átomos casi invisibles. Aquello se convirtió muy pronto en un torbellino indescrípible: los bailarines pasaban ante mis ojos como fantasmas, volviendo con creciente viveza á pasar y repasar, á tomar extrañas actitudes, haciendo gestos obscenos, lanzando gri-

tes destemplados, revueltos como locos, gritando como borrachos y mujeres perdidas, con mas delirio que alegría, con mas rabiá que placer, semejantes á una cadena de condenados que cumpliese, bajo el látigo de los demonios, una penitencia infernal. Aquello pasaba ante mis ojos, á mis piés; sentia en mi rostro el viento de sus carreras, y cada uno de los que me conocian me arrojaba al pasar una palabra que me hacia enrojecer.

Yo me encontraba en una situacion extraña é inconcebible: aquel ruido, aquella confusion, aquel baile, estaban en mi cabeza como en la sala, y no tardé en preguntarme si lo que veia era sueño ó realidad; si no era yo el que estaba loco y ellos los que tenian juicio. Sentia extrañas tentaciones de arrojarme en medio de aquel *pandemonium*, como Fausto en medio del Sábado, y conocia que entonces tambien haria gestos y tomara posturas extrañas, y lanzaria carcajadas de loco, y daria tremendos gritos. Mi cabeza empezó á vacilar y mis ojos á nublarse: de aquella situacion á la locura no habia mas que un paso, y salí de la casa perseguido hasta la puerta de la calle por gritos semejantes á los rugidos de amor que salen de las cavernas de las bestias feroces.

Me detuve un momento bajo el pórtico, no queriendo salir á la calle en aquel estado de embriaguez inexplicable, y me apoyé en una columna como un ébrio que empieza á darse cuenta de su situacion y que espera inmóvil que las fuerzas ayuden á la voluntad.

En aquel instante un carruaje se detuvo ante la puerta, y de él bajó, ó mas bien se precipitó una mujer, que se metió bajo el pórtico, volviendo la cabeza á todos lados como si á alguien buscasse. Vestia un dominó negro, y llevaba el

rostro cubierto con una máscara de terciopelo. Con una precipitacion febril, se dirigió á la puerta de la sala.

—¿El billete? la dijeron.

—¡El billete! exclamó. ¡Ah! ¡No tengo!.....

—Tomad uno en el despacho.

La enmascarada volvió al pórtico, sollozando tristemente.

—¡Sin dinerol decía. ¡Ah! ¡Esta sortija!

Y se acercó al despacho.

—¡Un billete por esta sortija! exclamó.

—¡Imposible! respondió la vendedora; yo no recibo mas que moneda.

Y rechazó la sortija, que cayó á tierra y rodó hasta mis piés.

La enmascarada habia quedado sin movimiento, olvidando la alhaja, abismada en una meditacion dolorosa.

Recojí la sortija y se la presenté en seguida.

Ví por los agujeros de su careta sus ojos fijos sobre mí; miróme un instante con ansiedad, y luego, asiéndose á mi brazo, exclamó:

—Es necesario que me hagais entrar, caballero; es necesario.....

—Yo salia, señora, respondí.

—Entonces, dadme seis francos sobre esta sortija, y me habreis hecho un favor que os agradeceré toda la vida.

Volví á poner el anillo en su dedo, fui al despacho, tomé dos billetes, y entramos juntos.

Cuando íbamos á penetrar en el salon, sentí que vacilaba. Entonces ella, asiendo su mano izquierda con la derecha, formó una especie de argolla en torno de mi brazo.

—¿Sufrís? le pregunté.

—No, no es nada, respondió; un ligero desvanecimiento: hé aquí todo.

Entramos en el salon.

Tres veces dimos la vuelta á su rededor, atravesando á duras penas los grupos de máscaras que encontrábamos al paso, estremeciéndose mi compañera á cada palabra obscena que escuchaba, y avergonzado yo de que me viesen dando el brazo á una mujer que se atrevia á escuchar tales palabras. Llegamos á la extremidad del salon, y la enmascarada se dejó caer en una silla, permaneciendo yo detrás de ella con la mano apoyada en el respaldo.

—¡Oh! ¡Esto debe pareceros magnífico! me dijo indicando el baile; ¡y sin embargo, yo no tenia la menor idea de ello! Pero me han escrito que él, él, estaria aquí con una mujer... ¡Y qué mujer será cuando se atreve á venir á semejante sitio!

Hice un gesto que ella comprendió.

—¡Oh! dijo con acento de angustia; yo no soy de esas mujeres: he venido á buscarle, solamente á buscarle, porque soy su esposa. Esas gentes vienen aquí empujadas por el desorden y el placer; á mí me traen los celos, celos terribles. Por buscarle hubiera ido á los lugares mas horribles, hubiera pasado toda la noche en un cementerio, hubiera ido á la plaza de Greve en un dia de ejecucion..... ¡yo, que no he salido jamas á la calle sino con mi madre ó con mi ayal..... Y sin embargo, estoy aquí, dando el brazo á un hombre que no me conoce y avergonzándome bajo mi máscara de la opinion que debo inspirarle. Sí, sé todo esto; pero ¿habeis sentido celos alguna vez?

—Por desgracia, sí, respondí suspirando.

—Entonces lo comprendeis todo, y dispensareis mi conducta, porque ya conoceis esa voz horrible que grita continuamente, como al oido de un condenado: «te engañan;» ya habeis sentido ese brazo poderoso como el de la fatalidad, que arrastra á la deshonra y al crimen; ya sabeis que hay un momento en que el hombre ó la mujer son capaces de todo, con tal de vengarse.

En aquel momento se levantó de pronto, fijando una mirada intensa en dos máscaras que pasaban ante nosotros.

—Sigámoslos, dije arrastrándome sobre sus pasas.

Estaba metido en una intriga de la que no entendia una palabra, y obedeciendo como un niño á la voluntad de la desconocida, seguí con ella á las dos máscaras, de las cuales era una un hombre y la otra una mujer. Hablaban á media voz, y sus palabras apenas llegaban á mis oidos.

—¡Es él! murmuraba mi compañera, ¡es su voz!

El hombre enmascarado dejó oír una alegre carcajada, y mi pobre compañera, estremeciéndose penosamente, añadió:

—¡Es él! ¡Es su risa! ¡Sí! Es él, señor! ¡La carta decia bien! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Salieron las dos máscaras de la sala y nosotros salimos tras ellas; subieron la escalera, dirigiéndose á los gabinetes, y la subimos, siguiéndolas; abrió el hombre una puerta, cerróse tras ellos y desaparecieron á nuestra vista.

La pobre criatura que en mí se apoyaba, era presa de una agitacion indecible. Yo no podia ver su rostro, pero, pegada á mí como se hallaba, sentia los latidos de su corazon, el temblor convulsivo de su cuerpo y los frecuentes estremecimientos que corrian por sus miembros. Y habia mucho de extraño en la manera como llegaban á mí aquellos sufrimientos inauditos cuyo espectáculo tenia ante mis ojos, y de los

cuales solo conocia la víctima, ignorando la causa. Aquella pobre mujer me inspiraba una compasion profunda, y aunque no la conocia, no la hubiera abandonado en semejante situacion.

Cuando vió que las dos máscaras habian entrado en el gabinete, quedóse inmóvil por un momento; pero luego se acercó á la puerta y se puso á escuchar. Comprendí que el mas leve movimiento podia revelar su presencia allí, y abriendo la puerta del gabinete contiguo, la arrastré dentro y cerré con llave, diciendo:

—Si queris escuchar, escuchad desde aquí.

Cayó de rodillas, y pegó su rostro al tabique. Yo me senté frente á ella, con los brazos cruzados, la cabeza inclinada y la expresion pensativa.

Todo lo que habia podido ver de aquella criatura me habia parecido un verdadero tipo de belleza. La parte de su rostro que no estaba oculta por el antifaz demostraba una delicada frescura y una gran juventud; sus manos no podian ser mas bonitas; de su capucha se escapaba un torrente de rizos negros y sedosos, y su pié de niña, que aparecia bajo su ancha falda, bastaba apenas para sostener su cuerpo, aéreo y ligero como era. ¡Oh! ¡Debia ser una criatura maravillosa! ¡Oh! ¡Qué felicidad mas completa la del hombre que la hubiera tenido en sus brazos, que hubiera visto todas las facultades de su alma empleadas en amarle; que hubiera sentido sobre su corazon esas palpitaciones, esos estremecimientos, esos espasmos neurálgicos que produce el placer de la pasion y que hubiera podido decir: todo eso, todo eso es amor, amor para mí, para mí solo en medio de los hombres! ¡Ah! ¡Ese hombre! ¡Ese hombre!.....

Hé aquí cuáles eran mis pensamientos, cuando la enmascarada se volvió hácia mí y me dijo con voz entrecortada:

—Caballero; soy hermosa, muy hermosa, os lo juro: soy jóven, apenas tengo diez y nueve años; hasta hoy he sido pura como el ángel de la creacion..... Pues bien, soy vuestra..... haced de mí lo que querais.

Y me echó los brazos al cuello.

En seguida sentí sus lábios sobre los míos, y la impresion de un beso ardiente y desesperado corrió por todo mi cuerpo, haciendo flotar como una nube de llamas ante mis ojos.

Diez minutos despues la tenia entre mis brazos, sin fuerzas, deavaneada, agonizante. Volvió lentamente en sí, y distinguí á traves de su máscara sus ojos esquivos; ví cubierta de una palidez mortal la parte no oculta de su rostro, y oí chocar sus dientes uno contra otro, como con el temblor de la fiebre.

Recordó lo que acababa de pasar y cayó á mis piés.

—¡Si sentís alguna compasion, alguna piedad por mí, exclamó con angustia, no me mireis, no me obligueis á bajar los ojos ante vos; no querais conocerme jamas; dejadme partir y olvidadme, olvidadlo todo!..... ¡Yo me acordaré por los dos!.....

Dicho esto, se levantó, rápida como un pensamiento que huye, y se lanzó á la puerta, la abrió, y volviéndose á mí, exclamó:

—¡En nombre del cielo, caballero, no me sigais!

La puerta, cerrada violentamente, se interpuso entre ella y yo, robándomela como una aparicion. ¡No la he vuelto á ver!

Y desde entónces, durante los diez meses que han pasado,

la he buscado por todas partes, en los teatros, en los paseos, en los espectáculos. Siempre que he visto de lejos una mujer de talle ligero, de pié de niña, de cabellos negros, la he seguido, me he acercado á ella y la he mirado de frente, esperando que su rubor la haria traicion. En ninguna parte he podido encontrarla, jamas he podido verla sino en mis sueños. ¡Ah! Entonces la sentia en mis brazos, sentia sus caricias, sus besos tan ardientes, que parecian tener algo de infernal; luego caia su máscara y veia un rostro extraño, tan pronto brillante como cubierto de nubes; tan pronto lleno de vida, de juventud y de hermosura, como pálido, con las órbitas vacías y el cráneo desnudo. En fin, desde aquella noche no he vivido, abrasado por el amor insensato á una mujer desconocida, esperando siempre y siempre engañado con mis esperanzas, celoso sin derecho, sin saber de quién tener celos y no atreviéndome á contar á nadie semejante locura. Por último, ayer recibí esta carta.

Y mi amigo me dió un papel que habia sacado de su cartera.

Decia así:

«¿Habeis olvidado á una pobre mujer que todo lo recuerda y que muere porque no puede olvidar? Cuando recibais esta carta esa mujer habrá muerto. Id al cementerio del padre Lachaise, decid al conserge que os haga ver, entre las últimas sepulturas, la que lleve sobre su piedra funeraria simplemente el nombre de *María*, y cuando esteis ante ella, arrodillaos y orad.»

—¡Y bien! continuó Antony, ayer recibí esta carta, y esta mañana he ido al padre Lachaise; el conserge me ha indicado la tumba que buscaba, y he permanecido dos horas an-



Jamas he podido verla sino en mis sueños.

te ella, orando y llorando. ¡La había encontrado; pero muerta, separada de mí por la inmensidad, por la eternidad! ¡El alma, aquella pobre alma atormentada, se había elevado al cielo, y el cuerpo mas débil que ella, se había doblgado hasta romperse, bajo las tremendas heridas de los celos, de los infortunios y de los remordimientos! ¡Había muerto desconocida para mí, despues de haber tomado una parte en mi vida, despues de haberme vuelto loco, encerrando en mi corazon un cadáver inanimado! ¡Ah! ¿Comprendes esto, Alejandro?..... Está muerta, y la amo como un insensato, y me mataria para encontrarla, si no debiera quedarme desconocida en la eternidad, como lo quedó en el mundo.

Y á estas palabras me arrancó la carta de las manos y rompió á llorar, besándola. Yo le abracé, y no sabiendo qué hacer ni que decir, lloré con él.

FIN.